

Cuaderno del molusco

(Fragmentos)

Jordi Doce

La cola del tiempo, atacando en sueños.

*

El serrín de la lectura. Y el que frecuenta los libros con vocación de barrendero.

*

Le dicen que está en las nubes. No lo está, piensa, pero les agradece la equivocación.

*

Todo lo que no vemos, rebotando en la frente.

*

Cada mañana, al salir de casa, recorre la calle de los pensamientos inútiles.

*

Nubarrones remotos. Todo lo que escribe es un puente hacia la tormenta.

*

Un molusco ciego en la profundidad: el corazón.

*

Ojos que no ven, corazón que presiente.

*

La tierra avanza a dentelladas por el aire y nace un puente.

*

El aire se lastima al pasar por las cerraduras.

*

Tras la puerta, la mano que sostiene la manilla.
Tras la puerta, la mano que empuja y no se espera mi ausencia.

*

Escalar montañas: reducir su escala.

*

Con la miel en los labios. Triste, sin duda, pero aún no han llegado las moscas.

*

Lo que más desea: darse cuenta de su propia decadencia. Tan preocupado está por ella y tan intensamente se escudriña que no escucha las palabras de los demás, el coro de elogios vacíos que anuncia su final.

*

Es de los que piensa mejor en una casa ordenada.

*

El poeta que pasea con su cuaderno y toma notas de esto y aquello: le sirven para dar el salto deseado. Pero lo realmente admirable es saltar sin apoyos.

*

El deseo no existe: insiste.

*

Las palabras y nosotros, sus hormigueros.

*

La cabeza, donde el cielo declara su verdadero peso.

*

Todos los meses le recortan el seto de la esperanza.

*

El que se llegó hasta la muerte y la vadeó.

*

Los atentos, los lúcidos, los inteligentes: durmieron lo justo antes de nacer.

*

Cordura: corazón que dura, que quiere durar.

*

Su jactancia inútil, como una ventana que se vanagloriara de sus vistas.

*

En aquel país, al que dice *yo* le sale de la boca una burbuja impermeable. Tiene que vivir en ella durante un día como castigo.

*

Nostalgia de la época en que las unidades de medida eran humanas: pies, dedos, codos, pulgadas.

*

El hombre *desesperado*: nadie lo espera a ninguna hora, en ningún lugar.

*

Imaginar que ciertas partes del cuerpo tendieran a envejecer y morir antes que otras. La vida, convertida entonces en un esfuerzo por concertar las diversas decadencias, de manera que todas las partes del cuerpo murieran *a la vez*.

*

El mendigo que recibe una moneda de oro y no se atreve a usarla, por miedo a que sospechen de él. Así algunos hombres y sus epifanías secretas, el relato de sus asombros.

*

Se sienten aludidos y él se ofende: le han descubierto.

*

Las cursivas, difíciles de leer, como si se apartaran de los ojos en el último momento.

*

Es un experto, pero es sólo eso.

*

El corazón del viajero, en forma de espiral.

*

La tristeza, cuando la sombra se agria.

*

Palabras desmedidas, para medirse mejor con el mundo.

*

Corre de un extremo a otro, pero sólo consigue que el centro se aparte.

*

La boca como una válvula de presión: habla o calla para regular su gravedad, se abre y cierra por turnos, como la espita del globo, está en el aire pero no muy alto, para no extraviarse.

*

Alguien dice tu nombre, y ya te sientes expuesto.

*

La huella de las gaviotas en la arena: proyectos de fósiles.

*

El que al dar la mano aparta aire.

*

Los ojos de la sorpresa. *Se le salieron de las órbitas.* Por un momento son de su asaltante.

*

Palabras que se ponen de puntillas para ver en qué acaba la frase. Las que se suben a hombros de sus vecinas. Las que protestan si no encuentran lo prometido. Las que se desengañan.

*

Coincidencias, casualidades: el tiempo y su póker de ases.

*

Los bordes romos del trazo de tinta: no sabes si escribes sobre la herida o si la herida es lo que escribes.

*

La leyenda viene a sustituir la ausencia. Pero como no sabe situar lo ausente, crece y se multiplica para cubrir todos los vacíos posibles, un eco en cuyo centro sonríe un error.

*

El seductor: acaricia el cielo con sus párpados.

*

Poema, galería de espejos. Pero lo que se pasea por sus corredores es invisible.

*

El tiempo: su llama es más fría que sus brasas.



Nedda Francy y Domingo Sapelli en *Monte criollo* (1935) de Arturo S. Mom